Arturo Almandoz

Entre libros de historia urbana. Para una historiografía de la ciudad y el urbanismo en América Latina

Caracas: Equinoccio-Universidad Simón Bolívar (2008).

Este libro es una reflexión sobre la historiografía urbana en Latinoamérica, paradójicamente escrita por un urbanista venezolano que no es historiador. Sin embargo, siguiendo una corriente inaugurada por Richard Morse y Jorge Hardoy, el autor entrega un consistente balance y una proyección de esta rama histórica en la región. Como indica Roberto Segre en el prólogo, Almandoz pertenece a la tercera generación de historiadores y teóricos urbanos latinoamericanos, asumiendo los desafíos de la cultura posmoderna, específicamente en el plano de los diferentes modos de construcción de la realidad urbana: la cotidianidad, la literatura, las apropiaciones entre lo culto y lo popular. De esta forma, el objetivo principal del libro es realizar una reseña general de las principales corrientes teóricas vigentes en Estados Unidos, Europa y América Latina, mediante un método novedoso: la recopilación de artículos presentados inicialmente en congresos y cursos, así como entrevistas.

En el primer capítulo, *Consideraciones preliminares*, Almandoz indica que “este trabajo trata de identificar relaciones epistemológicas, concepciones e ideas que han estado a la base de los subcampos disciplinares de la historia urbana y del urbanismo, desde finales del siglo XIX, así como distinguir la conformación de nuevas modalidades historiográficas” (p. 20). Es, entonces, una mirada panorámica a partir de una revisión crítica de la bibliografía existente, más que una reflexión sobre la “escritura de la historia” (Michel de Certeau). A partir de autores como Michel Foucault, el autor asume las limitaciones de un análisis de esta magnitud, especialmente en cuanto a las “regularidades discursivas” construidas arbitrariamente. Quizás, la más destacada de ellas –ya que le sirve de eje– es la distinción que establece entre historia urbana e historia del urbanismo. La primera, dedicada a la ciudad y el proceso de urbanización (*urban history*); la segunda, al urbanismo técnico (*planning history*).

Una segunda diferenciación establecida por Almandoz se da entre los conceptos de ciudad, urbanización y urbanismo. La ciudad, como fenómeno espacial y social, es diferente de la urbanización, entendida como un proceso territorial y económico que afecta la realidad social. El urbanismo, finalmente, se entiende como una práctica ordenadora basada en la ingeniería y el diseño urbano. El urbanista caraqueño remite

también a dos áreas relevantes: la historia económica y social, por un lado, y la geografía, la arqueología, la historia del arte y de la arquitectura, por otro. Con todo, advierte que no es su interés revisar cómo el urbanismo y la arquitectura han condicionado la historiografía, sino comprender a algunos autores y obras que han aportado a los cambios discursivos. Esto lo efectúa en el ámbito de la historiografía angloamericana, francesa, italiana, española y, fundamentalmente, latinoamericana, seleccionando textos generales y comparativos por sobre estudios casuísticos. Al respecto, menciona como cruciales las conexiones identificadas gracias a entrevistas realizadas al historiador inglés Anthony Sutcliffe, el ya mencionado Segre y el arquitecto argentino Ramón Gutiérrez.

Los capítulos dos y tres están dedicados a esbozar un panorama de la historiografía internacional. El Capítulo II, *De Fustel de Coulanges a Lewis Mumford*, “intenta ofrecer un encuadre de obras que desbrozaron el terreno para la profesionalización historiográfica de los años sesenta” (p. 35). Son obras emanadas de la historia económica y social, preferentemente hacia finales del siglo XIX: autores como Fustel de Coulanges y Gustave Glotz destacan su preocupación por las relaciones entre familia, ciudad e individuo. Max Weber –indica el autor– prosiguió ese estudio, aunque más bien a partir de la sociología histórica que desde la historia urbana, estableciendo ciertas fases históricas para aquella relación.

Un segundo momento en este encuadre previo a la década de 1960 fue inaugurado por la Escuela de Chicago desde 1920 y su espacialización del análisis: el interés por las formas y estructuras urbanas. Previo a esa escuela, nombres como Simmel, Tönnies, Spengler y Benjamin legaron varias interpretaciones novedosas sobre el vínculo entre sujeto y ciudad moderna. Pero a juicio de Almandoz fue el grupo de Robert Park el primero en espacializar el problema –y no entender la urbe como mero espejo de la sociedad– a partir de la ecología urbana. Posteriormente, se refiere a autores y obras italianas, basadas en la historia local, y a tempranos manuales de urbanística ligados a la historia urbana (Camillo Sitte, Patrick Geddes). Geddes y el francés Marcel Pöete tenían una visión evolucionista y organicista de la ciudad: un ser vivo regulable gracias al urbanismo, enfoque heredado por el también francés Pierre Lavedan, para quien la ciudad moderna es una historia de degeneración producto de la industrialización.

Vinculado a esa visión de la primera historiografía urbana francesa, heredera de la geografía humana, está el norteamericano Lewis Mumford. En su trabajo Almandoz visualiza las “vísperas del especialismo” de la historiografía urbana (p. 61), especialmente gracias a *The City in History* (1961), ya que junto con un estudio panorámico y exhaustivo más espacializado, hay herencias de Geddes y una explícita desconfianza hacia la modernidad industrial, con sus problemas de segregación e individualismo. Hasta hoy, Mumford permanece como un clásico de la historiografía urbana.

El capítulo III, *Especialización internacional*, abre con la mención al norteamericano Gideon Sjoberg, que desde la sociología histórica destacó la necesidad de los estudios comparativos. Esto fue recogido por historiadores norteamericanos y británicos, pasándose de las biografías de ciudades al análisis de procesos, poniendo énfasis en los enfoques comparativos y en la relación de dimensiones demográficas, territoriales, económicas y sociales. Para Almandoz, es la fase de constitución y consolidación de la historiografía urbana en el eje angloestadounidense.

Otra corriente fue la desarrollada en Francia, con Henri Pirenne, pero básicamente a partir de la Escuela de los Annales de finales de la década de 1920, interesada en las estructuras y en la “larga duración” por sobre el estudio de los acontecimientos. Fernand Braudel fue, sin duda, su representante más destacado, postulando la existencia de tres estratos: el primero, la relación entre sociedad y geografía, estado casi inmóvil; el segundo, un nivel un poco más activo, la historia de los Estados, las sociedades y las economías; el tercero, finalmente, la historia de los individuos –la más agitada, pero que a juicio de Braudel, no posibilitaba efectuar interpretaciones globales–. En ese panorama, las ciudades ocuparían un lugar ambiguo entre los dos primeros niveles, pero incluso son posibles de incluir en el tercero, debido a su movimiento constante.

Junto con los Annales, la geografía humana francesa (desde Vidal de la Blache en adelante), tuvo gran influencia en el armazón de la geografía e historiografía urbana gala. Y con la integración de la filosofía y la sociología, esa consolidación fue finalmente conseguida, gracias a autores como Foucault y Henri Lefebvre, respectivamente. Este último abordó temáticas espaciales postergadas largamente por el marxismo y coadyuvó a un análisis crítico no demasiado presente en el mundo angloamericano.

Para Almandoz, en esta fase –constitutiva y de consolidación– los “verdaderos expertos en el campo de la historiografía urbana eran los italianos” (p. 97). A partir de proyectos e intervenciones urbanísticas, autores venecianos como Carlo Aymonino y primordialmente Aldo Rossi, entendieron la ciudad como estructura espacial, sistema funcional y construcción imaginaria colectiva. Rossi aportó entonces el nexo entre arquitectura, actividad proyectual y forma urbana como base de una historiografía de la ciudad. Sobre esta base trabajaron Leonardo Benevolo y Paolo Sica. El primero, interesado en trazar fases históricas de tipologías urbanas de acuerdo a las nociones de “ciudad industrial” y “preindustrial”. Su interés fue indagar los vínculos entre el desarrollo tecnológico creciente y las gestiones de la ciudad más bien discontinuas y vinculadas al desarrollo político, reconociendo diferentes etapas en la trayectoria de la ciudad. Sica, aunque centrado en la constitución del urbanismo como disciplina, tocó temas similares, y publicó un libro que según Almandoz puede entenderse como pionero en la historia cultural urbana: *La imagen de la ciudad. De Esparta a Las Vegas* (1970). Ambos arquitectos, así como los Annales franceses, serían recogidos en la España post-franquista por investigadores como Fernando Chueca y Fernando de Terán.

Son estos los antecedentes de la llamada *new history*, volcada hacia la interdisciplinariedad. En Inglaterra, por ejemplo, la *urban history* se caracterizó por el apego a la sociología y su aproximación a temáticas espaciales, reflejada en los aportes del catalán Manuel Castells. En ese contexto, lo económico y lo social pesaban más, incluso en un contexto de interdisciplinas. En Estados Unidos, en tanto, el posmodernismo valorizó desde los setenta espacios no considerados –como Las Vegas, por Robert Venturi–, promoviendo el desmontaje de las premisas de la arquitectura moderna.

En Italia, siguiendo a Manfredo Tafuri, la historiografía se ha liberado de su rol de antesala teórica a la intervención urbanística. Sin embargo, lo arquitectónico permanece como un sustrato primordial analítico. Como indica el autor venezolano, basándose en Donatella

Calabi, predomina la historia de la ciudad sobre la historia urbana: la arquitectura por sobre un enfoque más antropológico, o uno centrado en la economía y lo social.

El desarrollo de la historiografía española ha sido similar al italiano, en cuanto a la poca presencia de la historia económica y social, a cambio de focos provenientes de la geografía, la historia del arte y la arquitectura. Construcción de la ciudad –a la italiana– o bien historia de la planificación urbana, siguiendo el modelo foucaultiano, donde destacan autores como José Luis Oyón y Javier Monclús.

Concluye este larguísimo capítulo (pp. 67-143) con una sección llamada *Modelos y transferencias urbanísticas*, que ahonda “en una estirpe de obras que claramente registran la historia del urbanismo y la planificación, sin excluir por supuesto la historia de la ciudad como tal”. Almandoz desarrolla así una segunda genealogía, donde destaca en primer lugar a Anthony Sutcliffe, historiador instaurador de la *planning history* en Inglaterra. Se señala también a otros, como John Reys y George R. Collins, en tanto fueron cruciales en urgir a los historiadores urbanos estadounidenses a ocuparse preferentemente del aspecto físico.

Para Francia, el nombre de Françoise Choay es fundamental. En *L'urbanisme, utopies et réalités* (1965), planteó las nociones de “preurbanismo” y “urbanismo”, ligados a los modelos “progresista” y “culturalista”. El estudio se orientó a la ciudad industrial del siglo XIX, en un estudio que reunía a numerosos pensadores del problema y los agrupaba en dos visiones: progresistas (Owen, Fourier) y nostálgicos (Morris, Ruskin y otros con simpatías por comunidades medievales). El urbanismo de 1900 se nutrió de ambas corrientes, pudiendo distinguirse “urbanismo progresista” (Garnier, Gropius, Le Corbusier), y uno “culturalista” (Sitte, Howard). Almandoz rescata el valor sintético e interpretativo de Choay, pero discute la supuesta oposición de posturas. No obstante, sostiene que su impacto en lo urbanístico fue mayor que obras contundentes como *Le origini dell'urbanistica moderna* (1963) de Benevolo y la *Storia dell'urbanistica* de Sica.

Con todo, Choay –sostiene Almandoz– no influyó demasiado con aquel texto en Inglaterra. Allí se optaba por el estudio de “los movimientos sociales y las reformas urbanas que llevaron a la instauración de la planificación y reglamentos” (p. 135), focalizándose en la gestión pública urbana y el surgimiento de redes nacionales e internacionales de urbanistas: la *planning history* de Sutcliffe, donde últimamente ha destacado Peter Hall. Es decir, un interés diferente a las cuestiones geográficas y arquitectónicas trabajadas por italianos, franceses y españoles.

En el cuarto capítulo, *Transbordo latinoamericano*, el autor estudia cómo se trajeron estas teorías y métodos de historiografía urbana a Latinoamérica, sin desconocer la producción regional en la materia. Un primer aspecto es el temprano peso que en el subcontinente tuvo la historia del arte, emparentándose así con la vertiente italiana. Argentina, México y España destacaron en ello. Pero el más relevante tratado disciplinar publicado en la región –con un detallado conocimiento histórico del tema– fue el *Manual de Urbanismo* del urbanista austríaco Karl Brunner (1939-40), quien trabajó en Colombia y Chile.

Jorge Enrique Hardoy, argentino, fue primordial para la conformación de la historiografía urbana latinoamericana desde los '60, mediante libros y la organización de simposios que abarcaban la urbanización desde el mundo precolombino hasta el presente. El norteamericano Richard Morse fue otro nombre fundamental, estimulando el intercambio internacional y la creación de textos compilatorios, algo parecido a lo ocurrido en países europeos y anglosajones.

En tal contexto, la teoría de la Dependencia, su propuesta de relaciones centro/periferia y su posterior orientación hacia una “escuela marxista de las ciencias sociales [que fue] proveyendo una matriz histórica para entender el atraso de América Latina”, fueron cruciales para la historiografía (p. 163). El sociólogo Manuel Castells fue quizás su principal figura, privilegiando factores económico-sociales por sobre los culturales. Tal deuda fue magistralmente superada por el historiador argentino José Luis Romero en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976), quien abandonó el economicismo de dicha escuela. Almandoz expresa que el *focus* dependentista no superó su a-historicismo, la reiteración de argumentos y el predominio de la economía, a diferencia del marxismo francés que, por aquellos años, incluía el espacio en el análisis (Lefebvre por sobre Althusser, por ejemplo).

Un nuevo aire hubo desde mediados de los setenta con el interés por el patrimonio de los centros históricos. Pero según el autor fue, junto con Hardoy, el aporte de Historias Generales publicadas en los '70 y '80 por Roberto Segre y Ramón Gutiérrez, la base de la historiografía urbanística regional contemporánea. Con la conmemoración de los 500 años del arribo europeo a América, se multiplicaron trabajos generales y de urbes particulares —sobre todo en Brasil—, pero hubo pocos estudios comparativos. A este problema, agrega Almandoz, se suma el desconocimiento del medio estadounidense respecto a la historiografía urbana latinoamericana, promoviéndose interpretaciones al menos incompletas.

Casi al finalizar el capítulo, el autor realiza una propuesta desde la *new history*, interesada en los acontecimientos, la vida cotidiana y los sujetos comunes, más que en las estructuras. A su juicio, esta base permite hablar de una “*nueva historia urbana*” (p. 183). La microhistoria o reducción de la escala de observación (Carlo Ginzburg) es para Almandoz una metodología útil para este desafío. Pero también le resulta necesario un esfuerzo de “‘gran narrativa’ de alcance nacional”, que permita un cierto equilibrio en las dimensiones. Para ello, el aumento en el repertorio de fuentes y discursos ha promovido la conformación de una *historia cultural urbana* emparentada con los estudios sobre imaginarios y representaciones. Almandoz refiere a algunos antecedentes de esta línea de investigación: desde “la ‘tradición culturalista’ del ‘ensayo de ideas’ de corte histórico que se inicia con Andrés Bello, Simón Rodríguez y Domingo Faustino Sarmiento” (p. 204) hasta Morse, José Luis Romero y el uruguayo Ángel Rama.

El capítulo IV finaliza con cuatro reseñas a historias urbanas latinoamericanas recientes del lapso de modernización burguesa de entre siglos (XIX-XX): Buenos Aires, San José de Costa Rica, La Habana y Bahía, Brasil. Almandoz ve en ellos un elemento teórico-metodológico común, cual es el reconocimiento de un *corpus* de obras y autores fundamentales, como Morse, Hardoy, Romero, Mumford, Sutcliffe y Carl Schorske.

El quinto y último capítulo, *Entrevistas*, sirve fundamentalmente de apéndice documental, aportando un tono de escritura más libre, un diálogo que aporta desde visiones críticas sobre el actual panorama británico (Sutcliffe) a aspectos desconocidos de los inicios y desarrollo de la historiografía urbana latinoamericana (Segres, Gutiérrez). Sirven, además, como homenaje del autor a sus principales mentores.

La referida propuesta de Almandoz de una *historia cultural urbana* basada en la combinación de microhistoria y gran narrativa sin duda se refleja en la propia estructura de *Entre libros de historia urbana*. Texto de innumerables referencias a conexiones, redes, obras, diálogos nacionales y a un notable y enciclopédico esfuerzo de compilación e interpretación comparativo intercontinental. En definitiva, Almandoz realiza un ejercicio microhistórico que debiera convertirse en un texto clásico sobre la historiografía urbana latinoamericana desde el siglo XIX hasta nuestros días.

Simón Castillo Fernández*

---

* Magíster en Historia, Universidad de Chile. Candidato a Doctor en Arquitectura y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile. Correspondencia: Simón Castillo F., El Comendador 1970, Providencia, Santiago, Chile. E-mail: slcastil@uc.cl